**El año en que Castilla cambió el mundo.**

-¡Por fin, mi querida amiga! Os he echado de menos estos años en Granada; ha sido una guerra larga pero vuestra ausencia la ha hecho más larga aún.

La reina Isabel casi se lanzó a abrazar a “la latina” Beatriz Galindo apenas entró en la estancia. No era frecuente tanta efusividad en una reina pero después de tanto tiempo una amistad sincera y profunda había nacido entre ellas, más allá de la posición de Beatriz en la corte, como preceptora de las infantas.

-Bienvenida a Salamanca, Majestad. La ciudad de la cultura recibe a su mayor benefactora.

-Vamos, vamos…fuera cumplidos, doña Beatriz. Llevo horas recibiendo personalidades de la ciudad cuando a quien yo quería ver era a vos. Por eso os he hecho llamar en último lugar, para poder extenderme sin las prisas de tener que seguir con las recepciones. Lamento haberos hecho esperar. Espero que me perdonéis.

-Majestad, nada me hubiera contrariado más que un saludo rápido y frío. Veía pasar delante de mí al alcaide, al arzobispo o al deán y me decía para mis adentros “sí, señores, vuesas mercedes la saludarán antes, pero soy yo quien va a pasar el resto del día con la reina, hablando de nimiedades”.

La reina soltó una sonora carcajada y tomándola de la mano la llevó al lado de la ventana donde tenía dispuestos dos asientos en los que se acomodaron.

-Decidme, Majestad. ¿Cómo se encuentra vuestro esposo?

-Cansado de formalidades, Beatriz. El es hombre de acción y se encuentra más cómodo en la guerra que en la paz. Iré a reunirme con él en Valladolid tan pronto como vos y yo hayamos desempolvado nuestros latines y se nos hayan acabado los temas de conversación, -y sonriendo hizo a su interlocutora un gesto de complicidad respondido otra vez con una carcajada.

-En ese caso el rey va a pasar mucho tiempo sin vuestra compañía. ¿Y qué es de mis pupilos, el príncipe y las infantas?

-Os echan de menos tanto como yo. O al menos tanto como se puede echar de menos a un preceptor. Un campamento militar no es el mejor lugar para educar a futuros reyes y reinas. Tenéis que recuperar el tiempo perdido cuanto antes, mi querida Beatriz; ya han aprendido sobre guerras en Granada, ahora tienen que aprender sobre la paz y para eso nadie como vos.

En ese momento se abrió la puerta y una camarera entró dirigiéndose a la reina.

-Majestad, su excelencia el obispo Hernando de Talavera solicita vuestra audiencia.

-¡Mi viejo confesor, qué agradable sorpresa! Hacedle pasar. -Y dirigiéndose a Beatriz añadió- Os gustará, Beatriz, y es un buen amigo al que debo mucho y no puedo hacer esperar.

-No os preocupéis, Majestad. A decir verdad, sabía que iba a venir a veros. También le conozco y sé que tiene algo importante que deciros.

-¿Importante? En ese caso no le hagamos esperar, que entre de inmediato.

La camarera salió cerrando la puerta que volvió a abrirse pasados sólo unos instantes dejando entrar a dos hombres. La reina conocía bien a Hernando de Talavera, su confesor desde hacía ya veinte largos años. El hombre que venía con él le agradó en cuanto le echó un rápido vistazo: aspecto de anciano venerable, no muy cuidadoso en su vestimenta, pelo cano, lentes, dedos manchados de tinta y un enorme libro entre sus manos…la clase de erudito con quien no le costaba relacionar al obispo don Hernando y a su amiga Beatriz. Fue el obispo el primero en dirigirse a ella.

-¡Mi querida niña! ¿No os importa que os llame así, Majestad?

La reina se acercó rápidamente a besar su anillo y luego le propinó también un sonoro beso en la mejilla.

-Siempre seré vuestra niña, don Hernando. Me alegro mucho de veros. De hecho, tenía pensado llamaros: nuestro nuevo reino de Granada necesita un obispo y había pensado en vos, si no tenéis inconveniente…

-Estar al servicio vuestro y de la Iglesia no acepta inconvenientes, Majestad, bien lo sabéis. Pero no es eso lo que me trae por aquí.

-Hablad, Hernando, me tenéis en ascuas.

-Quiero presentaros a este hombre, Majestad. Se llama Antonio de Nebrija y nadie puede explicaros mejor que él cuál es el regalo que os ofrece.

El hombre se adelantó y, con una reverencia ofreció a la reina el libro que traía entre sus manos. No era tan anciano como le había parecido al principio, apenas unos pocos años mayor que ella.

-Muy bien, don Antonio. Decidme, ¿qué es esto que me entregáis?

-Esto, Majestad, es la mejor arma que podéis encontrar una vez acabada la guerra. Se trata de una gramática de la lengua de Castilla. Una herramienta para facilitar a todos vuestros nuevos súbditos el aprendizaje del idioma de vuestro reino.

Pero la reina no parecía convencida de su utilidad.

-No lo entiendo, don Antonio. ¿Qué pretendéis que haga yo con esto? Tenemos un nuevo reino que administrar: leyes que promulgar, impuestos que imponer, comercio que regular… Tenemos que asegurar la paz, evitar revueltas, prevenir los robos y las venganzas, garantizar la seguridad de los moriscos y facilitar en lo posible que los que quieran puedan abrazar la verdadera fe sin sufrir represalias. Tenemos tantas cosas que hacer… ¿y vos venís a hablarme de cómo enseñar a la gente a hablar el castellano?¿No creéis que ésa es la última de nuestras prioridades en este momento?

-Perdonadme que sea yo quien os responda, Majestad- quien intervino fue el obispo-. Creo que no comprendéis bien la utilidad de esta gramática. De repente os habéis convertido en reina de un pueblo que no os entiende. Tenéis que promulgar leyes para él en un idioma que le es ajeno. Los jueces, los alguaciles, los sacerdotes…van a hablarles en una lengua que desconocen. El comercio entre granadinos y castellanos viejos necesitará de intérpretes para que las dos partes se entiendan. Majestad, creo que es urgente hacer que vuestros nuevos súbditos aprendan a hablar la que en adelante va a ser su lengua. Tal vez sea ésa, Majestad, la mayor de vuestras prioridades.

-Puede que tengáis razón, mi buen obispo. Lamento la brusquedad, don Antonio, pero decidme: ¿por qué necesitan los granadinos este libro que me presentáis? Todos los niños de Castilla aprenden a hablar el idioma de sus padres sin necesidad de ningún libro…

Esta vez fue Beatriz la que intervino.

-Los niños son un terreno blando, Majestad. En un campo recién arado el agua es absorbida por la tierra y hace crecer los sembrados, pero en un camino ya apelmazado por el tiempo y por el paso de las carretas sólamente provoca charcos y barro. Recordad cómo vuestros hijos asimilaban el latín mucho mejor de lo que lo hacíais vos misma y me preguntábais si acaso ellos eran más despiertos que vos. No lo son, Majestad. Sólo son niños con más capacidad para aprender cosas nuevas. Los adultos necesitamos ayuda para aprender. Necesitamos reglas y éso es lo que tenéis en ese libro entre vuestras manos. Además, esas reglas evitarán, si se lo permitís, que el castellano siga evolucionando hasta resultar irreconocible, o que se diluya en multitud de lenguas distintas, como ya le ocurrió al latín. Majestad, yo también creo que no comprendéis el potencial del arma que tenéis en las manos. Don Antonio ha hecho un gran trabajo: ese libro es oro puro para Castilla.

Otra vez tomó la palabra el obispo de Ávila.

-¿Recordáis al hombre del que tanto os he hablado y con el que os he reunido dos veces, Majestad? Colón, el navegante que pretende llegar a las Indias tomando rumbo hacia poniente. Si Dios Nuestro Señor quiere que culmine su viaje con éxito, alcanzará las islas Molucas y abrirá nuevas rutas comerciales con oriente. Imaginad que la lengua de Castilla alcanzara gracias a él los confines del mundo. Imaginad lo que eso significaría para el comercio de Castilla, la riqueza que pondría a vuestro alcance y al de vuestro pueblo.

-Tenéis razón, obispo. Como siempre.

-Y hay otra cosa que, como obispo, me importa incluso más que eso. Imaginad las gentes de aquellas tierras. Gentes que jamás han oído hablar de Dios, de Jesucristo o de su Iglesia. Imaginad cuántas almas que llevar a Cristo, Majestad. Y decidme: ¿conocéis algún idioma mejor que el de Castilla para llevar esas almas a Dios? Majestad, este libro no es sólo un arma para vos y para Castilla: es un arma para servir al Altísimo. No podéis renunciar a él.

Por unos instantes la reina católica se quedó muda, absorta en sus pensamientos. Hacía muy pocos días que había concedido a Colón el permiso para intentar llegar a las Indias. En aquel momento no había pensado en otra cosa que en romper el monopolio portugués de las especias, pero las palabras del obispo de Ávila lo cambiaban todo: ya no se trataba sólo de comercio y riquezas. Ahora la perspectiva se engrandecía. Ahora lo que estaba en juego eran tierras y pueblos que evangelizar. De repente deseó con todas sus fuerzas que el almirante lograra su objetivo abriendo una nueva perspectiva para el mundo.

-Sin duda tenéis razón. Don Antonio, gracias por vuestro trabajo. Ojalá vuestra gramática sirva para que nuevos pueblos conozcan a Cristo. Obispo, ocupaos de que el libro de Don Antonio llegue a las bibliotecas de todos los conventos. Que los monjes estudien la forma de enseñar nuestra lengua a los infieles. Que las imprentas y los copistas hagan copias de este libro. Y que Dios nos dé fuerzas para llevar Su palabra al otro extremo de la Tierra.

Autor: Fernando el caótico.